



PRELUDIO

*La mayor parte de lo que hacemos y de lo que somos
está motivado por la muerte...*

(Escritos de Salamanca)

«Conocer el nombre de una persona es nuestra arma más poderosa», me dijo mi padre la única vez que quiso que lo acompañara a cazar. Tenía nueve años. Me hablaba como si fuera un iniciado en los secretos. Un simple niño. No un brujo como él. «Sabiedo su nombre puedes lograr que haga lo que quieras». Me sentí ofendido. Claramente me consideraba inferior. Traté de que no se diera cuenta de mi enojo porque quería observar su arte que, hasta entonces, nunca había querido compartir conmigo. «Con los brujos es distinto. Necesitamos dos nombres: uno para atraparlo y otro para retenerlo». Sus palabras tejían encantamientos, pero yo estaba más concentrado en sus manos, conocedoras de un saber antiguo, que con destreza modelaban el cuerpo de un arriero de la zona. Su última presa.

En ese entonces lo consideraba un artista. Sus muertos tenían una belleza insuperable. Ese pensamiento inquieta a mi sombra, que gruñe molesta. No le gusta que lo recuerde. *Lo detesto. Lo sé. Pero hay que reconocer que mataba y esculpía como los dioses. Porque lo ayudaba. Porque era creativo. ¡Bah!*

Mi atención se desvía a un grupo de universitarios que pasa cerca de mi escondite. Hablan fuerte. Despreocupados. No imaginan que alguien pueda estar al acecho. Menos aquí. En Concepción. *Los ciudadanos son muy confiados. Demasiado. Los sigo con la vista hasta perderlos. Después, me concentro en la laguna Los Patos. Sus aguas están quietas. En la orilla opuesta, cerca del puente, está mi próxima víctima. Sigue acompañada. Todavía no es el momento. Pronto.*

Mientras espero, recuerdo la noche en que mi padre quiso embrujarme. *Fue más que un simple embrujo.* Me di cuenta. Me tiró un maleficio. *Uno muy extraño.* Por alguna razón quería que me preocupara por alguien. Que sintiera la necesidad de proteger a otro. «Los brujos necesitan compañeros», me dijo. *Una estupidez.* De acuerdo. Pero debo reconocer que algo de su magia hizo efecto. Por un instante vi a ese otro que me acompañaría y que, incluso, daría la vida por mí. *Dar la vida es mucho pedir.* Hablaba de un brujo, no de ti. *Obviamente. Mi existencia es demasiado placentera como para abandonarla.* Siempre tan humilde. *Sincero.*

Aun hoy me cuesta entender en qué estaba pensando. No iba con su carácter. *Quería dejarte un legado.* Sí. Y solo por eso no lo detuve. *Debiste hacerlo.* Quizás. *Me traicionó.* Nos traicionó a ambos. Pero se lo cobramos. Unos meses más tarde, bajo otra luna, sus dos nombres me fueron revelados: uno por despecho; el otro por venganza. Se convirtió en mi primera obra maestra. *Nuestra.* Cierto. Sus pupilas culposas adornaron mi pieza por años. *Eso sí que es arte.* Del mejor.

La chica me distrae de mis recuerdos. La veo decidida. No quiere irse. Sus amigos insisten. Que ya es tarde. Que puede ser peligroso. Ella se resiste. La noche está tibia. Quiere quedarse un rato más. Está haciendo exactamente lo que le pedí. Linda, ¿verdad? *Un ángel.*

Entre abrazos y besos en la mejilla, se despiden. Cuando se marchan, ella se sienta en una banca cercana. Ya es tiempo. No puede haber errores. El llamado debe ser ejecutado a la perfección. *No te preocupes.* No lo hago. He tomado todos los resguardos. Nos han visto hablando en los jardines de la universidad. Ayudante y alumna conversando trivialidades. Nada sospechoso. *Nada.* En el auto tenemos todo lo que necesitamos. *Conocemos todos los senderos.* Todos los escondites. *Nos va a quedar hermosa.* Es la idea.

Aguardo un poco más. Quiero que me espere. *Qué desconsiderado.* Tengo una reputación que mantener. *Tè gusta jugar.* Mucho. Son solo unos minutos. Me sirven para observarla. *Se parece bastante.* Por eso la elegí.

Cuando mira su celular, inquieta, salgo a su encuentro.

—¡Hola! —hago como que vengo apurado, sin aliento; se gira complacida—. Perdona el atraso. Es fin de semestre, supongo que sabes cómo es.

—No hay problema. Pensé que no vendría.

—¿Y dejarte sola en una noche como esta?

Sonríe. Los cisnes de la laguna se asustan con nuestra presencia. *Presienten*. Sus graznidos la perturban. Se estremece levemente, lo que aprovecho para sentarme a su lado. Rozo su brazo desnudo para sentir su tibieza. La temperatura es la indicada. *Quedaré perfecta*. Se tranquiliza. Está contenta de que haya venido. *Y orgullosa*. Porque cree que me conquistó. *Sabes escogerlas*. Con pinzas.

—Los despertamos.

—Es raro, habían estado silenciosos. Como dormidos. ¿Le gustan?

—Me gustan sus cuellos... Pero no me trates de usted. Te lo pedí la otra vez.

—Lo sé. Es que me cuesta acostumbrarme.

—Señorita Castillo. No sabía que era tan formal para sus cosas.

—Para algunas no más.

—¿Y para cuáles no?

Se sonroja. *Eres un encanto*. Lo sé.

—Conozco un lugar más privado. Sin pájaros observándonos. ¿Te animas?

Me mira como dudando. Quizás una mínima parte de su alma trata de prevenirla. No importa. Los seres humanos tienden a desobedecer sus propias intuiciones y esta no es la excepción. Se pone de pie, acomoda su vestido y me tiende la mano, tímida. Caminamos en silencio. Para ella debe ser mágico. Ha logrado lo que muchas intentaron durante todo el año. Ella. Nadie más. Para mí, es el tiempo necesario para que relaje su musculatura y su sangre fluya con serenidad. *Tranquilos al matedero*. Por supuesto. De lo contrario, todo se estropea.

A lo lejos se escuchan gritos de entusiasmo. No me interesa. A medianoche, los estudiantes comenzarán a marcharse. La fiesta seguirá en otro lugar. Eso me dará todo el tiempo que necesito. Más cerca oímos jadeos frenéticos. La siento

ruborizarse, pero no dice nada. Nos alejamos. Tomamos camino Einstein hacia el cerro. Allá nadie me interrumpirá.

—Tan silenciosa... Si estás incómoda, me dices y nos devolvemos.

—No, está bien. Es que nunca había estado en la uni tan tarde. Se ve diferente.

—¿Siniestra?

—Sí, eso.

—Me gusta mucho. Es una belleza junguiana.

—Usted..., digo, tú y tu Jung. Siempre pensé que todos los psicólogos rayaban por Freud y Lacan.

—Son unos plastas.

Esta vez ríe con ganas.

—¿Y por qué te gusta tanto Jung? Te la pasas leyéndolo...

—Para hacerme el interesante.

—Mentira.

—En serio. Y funciona. Lo juro.

—¿Han caído redonditas?

—Algunas.

Todas. Decirle eso sería una crueldad.

—Pensé que eras más profundo.

—Y lo soy. Lo dije para huevearte.

—¿Y sin hueveo?

—Quieres una confesión, ¿no crees que es mucho pedir?

—Quizás...

—¿Y qué me darás a cambio?

—Imagina.

Me aburro del juego. La tomo de improviso y la beso con fingida pasión. No me aparta. Su boca es jugosa. *Suculenta.* Eres insaciable. *Tú también.*

—La sombra.

—¿Qué?

Se que está en otra parte, en sus sueños de niña con su príncipe azul, pero es imprescindible regresarla al presente. Solo así funcionará. *Eres cruel.* Ambos.

—El arquetipo que más me gusta.

—Bien siniestros tus gustos.

—Ya me estás conociendo.

—Cuéntame más.

—Primero dime algo de ti.

—Pucha, creo que lo sabes todo.

—Siempre hay algo por descubrir. Algo inconfesable, por ejemplo.

Se queda pensativa un rato. Sé que es honesta. No lo hace para hacerse la interesante. Inocente. *Como nos gustan.*

—Mi papá rayaba con la historia. Cuando era chica me llevaba con mi hermano a la galería de la historia del parque Ecuador. ¿La conoces?

Asiento.

—Todavía voy, una vez al año. No por él, sino porque me gusta escuchar esas voces en *off* que te cuentan la historia de Conce. ¿Muy perno?

—Auténtico.

—A veces sueño con esas voces...

—¿Y qué te dicen?

—Que tenga cuidado.

No puedo evitar sonreír. A veces es demasiado fácil. *Tè las dan en bandeja.*

—Te estás riendo.

—Perdona. Se ríe mi psicólogo interior.

—¿Me citarás con tus alumnos y tus pacientes?

—Por supuesto.

—Eres malvado...

—Mucho. Pero a ti te gusta, ¿no?

Me abraza y es ella quien toma la iniciativa. La dejo hacer. Es más fácil moldearla de esta manera. No se resiste. Intenta recostarse sobre la gravilla, bajo unos arbustos, pero la detengo.

—Aquí no. Más arriba.

—¿Tu lugar favorito?

—¿Te molesta?

—No.

Todo fluye. No hay viento esta noche. *Ideal para convocarlo.* Estás más ansioso que de costumbre. *He esperado mucho por esto.* Yo también. Pero no podemos apresurarnos. *Todo a su tiempo.* Exacto. Ahora concentrémonos en lo que sabemos hacer mejor.

—¿Conoces la virgen del santuario? —pregunto.

—¿Quién no?

—¿Sabías que está ahí desde principios del siglo pasado?

—Mi papá me lo mencionó una vez.

—De veras que rayaba con la historia —se ríe—. ¿Y te contó que antes ese lugar era usado para concebir a los brujos más poderosos?

—Preferiría no hablar de mi papá ahora.

—¿Para no decirle a tu psicóloga que te gusta pensar en él cuando estás... así?

—Eso sí que sería inconfesable.

Su beso es distinto. *Caliente*. Nunca se termina de conocer a una persona. *Nunca*. Se apresura. Hubiese sido ideal estar en el santuario mismo, exactamente bajo la virgen, para que sus cuencas de porcelana nos observaran. *Riesgoso*. Por eso lo hacemos acá. Después podré llevarla al lugar preciso, bajo sus pies, como ofrenda.

Mis manos se van a su cuello mientras ella intenta excitarme. Lo logra, pero no como imagina. Me acerco a su oreja derecha, para que me escuche con claridad. Debe entregarle el mensaje.

—Lorena.

No responde. Insiste en que la recorra, pero es solo su cuello lo que me interesa.

—Lorena... Cuando te pregunte, debes decirle que ya es tiempo.

—Ya es tiempo...

—Sí, ya es tiempo de que venga.

—...de que venga...

—Lorena.

Levanto su cabeza para que sea lo último que vea en esta vida. Entre el placer que la embarga percibo un cambio. Te está viendo. *No pude aguantarme*. Él también te verá. *No importa*. *Soy mutable*. Eso es precisamente lo que más admiro de ti.

—Dilo: «Ya es tiempo de que vengas hacia mí». Compláceme.

Me observa, como tratando de decidir si lo que ha visto a mi espalda es real o no. Opta por lo último. Piensa que son las sombras que le juegan un mala pasada. *Mi sombra*. La nuestra.

—Eres raro, Alejandro.

—Soy un gusto adquirido.

Su sonrisa es bonita. Decido dejársela como regalo. *Un lindo gesto*. Desliza sus suaves dedos por mi pelo y con increíble convicción, susurra:

—Ya es tiempo de que vengas hacia mí.

Su cuello se disloca con facilidad. Mis manos casi no dejan huella. Lo poco que han dejado será borrado por mi sombra. Pienso en mi padre. En su traición. Mientras comenzamos a hacer el trabajo que más nos gusta, siento la muerte regocijarse en mi interior. *Estamos listos*. Ahora solo queda esperar.